

Legiones.

TRANSMUTACIÓN Y TRANSFIGURACIÓN DEL CANTO

I

Personajes heroicos, herencia grecolatina, mitos, leyendas. El poeta, a través de la escritura, enfrenta el mundo, manifiesta su cosmovisión y experiencia. Una manera de hacerlo es estableciendo contacto con aquello que existió, con otro espacio, otro tiempo, con el origen; se puede integrar el universo simbólico a la realidad aparente y así establecer una identidad.

Históricamente, desde el punto de vista literario, sabemos que la revolución industrial pone fin a la tradición; al perderse ésta, también hay una pérdida del *sentido* y, por ende, de la palabra. También cabe mencionar que en la modernidad hay rupturas, se da una transformación de paradigmas y valores; en el pensamiento posmoderno se observa un intenso escepticismo y un estado de descomposición del mundo. Si bien en el siglo XX la inestabilidad es palpable y hay una supuesta carencia de referentes, surge un hecho revelador: se gesta una re-significación del pasado, del patrimonio de los individuos. Se sabe que éste acaeció y hay una concienciación de lo que falta; se habla, además, de vacío y, paradójicamente, ello genera revelación en la poesía.

Si en la modernidad se dio un cambio de lo sacro o lo profano, bien puede en nuestros días reivindicarse el pretérito siguiendo el principio del

FELIX SUAREZ

Legiones



Legiones, Félix Suárez, México, Editorial Praxis, 2004, 56 pp.

eterno retorno, de la espiral evolutiva-involutiva que es perenne. Cuando echa mano de lo que hubo, el poeta asume una responsabilidad, ya que debe internarse en las escabrosas sinuosidades del conocimiento; al aceptar el reto, adquiere un compromiso, según lo expresa Graves, y tiene que responder a tal legado. De ahí la actitud comprometida del poeta, quien puede conferir una carga simbólica a elementos determinados, además de recurrir a los que de por sí ya la tienen, ya poseen un lugar propio en el pensamiento colectivo. Es interesante observar cómo es posible traspasar el umbral a un territorio *otro*, que está más cerca de lo que pudiéramos imaginar. Remitirse a lo que existió en lejanos siglos, ir aparentemente hacia atrás para avanzar, recorrer sin cesar la espiral fecunda, dejarse cautivar por el cántico persiguiendo la voz que lo produjo. Se puede rescatar lo de antes por medio de la memoria, la cual puede activarse a través del tiempo, de los desplazamientos evocativos.

Pero, ¿cómo lograrlo? Mediante un rescate de los grandes misterios del vivir, de esa re-enigmatización en la cual se da preponderancia al universo mítico-simbólico redimensionándolo desde el presente; sin artificios, desde una actitud incontestable, que implica comprometerse activamente: exaltar la existencia apropiándose de la rememoración, del *sentido*, para alcanzar la legitimidad. En el acto de re-significar se llega hasta ámbitos inquebrantables; hay que encarnar, como sugiere Jung, los arquetipos; entablar un diálogo con el ayer, sacralizar el espacio y el tiempo, *vivir* el misterio, hacer que en la espiral irrefrenable germine la poesía.

II

Lo anterior se revela en *Legiones*, el más reciente libro de poemas de Félix Suárez, quien nos lleva a realizar una travesía con trazos significantes. En principio, el título nos remite al ejército romano, a combatientes, pero ade-

más, a una cantidad indefinida de personas o de espíritus, como bien lo atestiguan los epígrafes que eligió el autor, los cuales, por cierto, se ciñen a dos distintas épocas. Así reza el de San Marcos, 5:9: "Y le preguntó: '¿Cuál es tu nombre?'. Y él dijo: 'Legión es mi nombre, porque somos muchos'"; y el de Olga Orozco: "Ellos eran legión. Legión encarnizada era su nombre." El subtítulo que abarca la totalidad de los poemas es *Vana rerum*. Y así tenía que ser. Bien eligió Félix Suárez esas dos palabras en latín, que significan "las apariencias de las cosas", es decir, todo en un momento determinado se vuelve vano en la existencia ante lo insobornable del tiempo que siempre está al acecho y nos devasta.

Podría pensarse que en *Legiones* se va entretejiendo una intertextualidad de manera muy elaborada. Pero considero que es más que eso: hay una transmutación a través de la escritura. El autor se introduce en una realidad ajena y se transfigura. Así Félix Suárez personifica a un seguidor de Alcibades, "señor de sogas y cuchi-



El Bosco. El carro de heno [detalle]. 1500-1502.

llo,/ temido y repudiado por legiones y capitanes de toda Roma”; conversa con Flavia y le expresa: “Qué alegre regocijo aún el de tus pechos:/ dos torcazas se me parecen parlotando,/ llamando y repeliéndose para el amor”; también habla con la bella Lidia. De pronto se transforma en Rufilo, quien en su diario confiesa que llegó a una tierra extranjera en donde no entienden sus versos; o bien, su interlocutor es Ripio, que asegura tener una “boca de infalibles dardos”; o en la persona de Apolonio el Viejo transita en sus meditaciones por el universo; asimismo, se asoma al diario de Lucrecia cuyas quejas van en contra de aquellos que no valoran lo que escribe. De mano de Leoncio, el escribano, nos revela el dolor por no llegar a ser poeta; o comparte las lamentaciones del viejo argentario, presa de “las risas con las que se premia en toda Grecia/ a los malos poetas”, o su decir con respecto a que sólo una vez “se cruzan las oscuras aguas del Leteo”, o bien, repite las creencias de Agamenón. Félix Suárez es el centinela, el extranjero que extraña la tie-

rra de sus mayores, el que lee epitafios, el que sigue en las alturas a los gorriones: es un legionario.

Entre los versos se percibe el oráculo de Apolo; la hetaira que platica con Antioco; se vislumbran argonautas realizando un viaje sin saber si “Mejor valdría en verdad/ no haber empezado nunca”; Félix Suárez, en voz de uno de ellos, asevera: “Pero sé bien/ que no a otra cosa hemos venido/ sino a remar, aspas de ciego.” Destaca la presencia de augurios y dioses e ídolos proscritos. Se yerguen dos miradas contundentes: la de Sísifo y la de la Esfinge, tan vigentes como en aquel entonces. ¿Quién no se ha topado algún día ante el enigma y ha sentido en la piel las pupilas de la incertidumbre? ¿Quién no ha sufrido en ciertos momentos el cansancio sisifesco que impone la cotidianidad de la vida? Y no podía faltar la figura de Ulises u Odiseo, quien: “Entreabre los ojos al fin, aturdido,/ y un dolor de tridentes y cuchillos,/ una hoja de tacto suave/ –más ardor de lúbrica agonía/ que afilados dientes en guerra–/se aloja despaciosamente, sin recato,/ en su costado.” El autor también se refiere a las glorias efímeras de los poetas, a la fama o al escarnio; hace énfasis, a lo largo de un diálogo que entabla con Quintiano, en cómo ha perdido el tiempo “Viviendo nada más”, sin haber escrito versos.

III

Mención aparte ameritan los poemas “Apócrifos 1”, “Apócrifos 2” y “Apócrifos 3”, en los cuales Félix Suárez enarbola en la palabra al hombre de todas las épocas, con su fatiga, agobiado, vencido, junto con las hojas “rodando iguales por la oscura tierra”; al ser humano que ha de morir de tedio en su celda “por donde Dios filtra su terrible claridad”; o quizás al individuo que con una mano busca la salida y con la otra empuña los presagios.

Dos poemas magníficos y dignos de señalar son: “Lares” y “Flavio y la desesperanza”. En



el primero, el autor nos remite no sólo a aquel tiempo de antaño, en que Lares representa a los dioses de la casa, sino que nos refiere a ese hogar/infancia que permanece en el recuerdo, ¿quién no rememora una mesa puesta y la alegría sin fin?, ¿quién no revive en el pensamiento la imagen de unas alas negras ensombreciendo todo? Escuchamos a Félix Suárez:

Ésta era la casa: allá crecía el ganado y las vacadas tiernas de leche; más al fondo había un granero, repleto y tibio, abierto siempre para abastecer la mesa y los espléndidos banquetes; y justo aquí, en el umbral, el altar doméstico de nuestros lares, los celosos guardianes y terribles protectores.

Un día de pronto se marcharon, y las ubres del ganado se partieron, se cubrió de sal y de ceniza el campo. No oí a mi padre nunca más cantar, ni a mi madre la volví a mirar cepillándose la oscura trenza.

[...]

Ésta era la casa. Hoy es un largo y silencioso gemido que me ahoga.

En el poema "Flavio y la desesperanza", el diálogo con Flavio es sorprendente. El futuro se manifiesta terrible:

[...]

No hay nada. Mira a tu alrededor:
allí está el cielo de enfangada transparencia,
el luto por los que aún habremos de perder,
la feroz emboscada de amigos y contrarios:
la guarida siniestra que son siempre los demás

[...]

¿Con qué oprobiosa leche te mintieron
y alimentaron imposibles años por venir?

[...]

No hay nada.

Espera, en definitiva, aún lo peor.

Lo interesante en este poema es que, sin mencionarla, la imagen de Pandora está presente. Por el mito sabemos que la curiosidad hizo que ella abriera una caja que contenía un sinnúmero de calamidades, que al salir perjudicaron el cuerpo y el espíritu de los hombres; lo único que

permaneció dentro fue la esperanza. Desde entonces, los males acosaron al mundo pero aquella chispa alentadora se mantuvo viva. Así pues, creo que con esta lectura Félix Suárez nos invita a una rotunda reflexión: ¿qué hemos de esperar del mañana?

El acercamiento de Félix Suárez al legado grecolatino no sólo es convincente *per se*, sino que nos ofrece una visión original a través del filtro de su mirada: hurga en la tradición, la hace suya, la rehace desde su momento y su circunstancia. Utiliza referencias que por su profunda fuerza simbólica ya forman parte del bagaje colectivo, pero las revitaliza según su percepción. Dentro de la lógica temporal, hace una revaloración: se sitúa en el presente conservando el *sentido*, desde la escritura maneja el papel del tiempo no de forma lineal, sino cíclica; dentro de la lógica espacial, también hace una refiguración: se sitúa en un centro, en una zona sagrada. Plantea una propuesta interesante al jugar con esta dualidad espacio-temporal; va y viene del presente al pasado, y transmite la impotencia del hombre de todas las épocas ante la implacable devastación del devenir, la "Dura lex", y sabremos: "del súbito derrumbe/ que ocurre cualquier noche, de repente,/ por última ocasión,/ con un estrépito callado de palomas." En efecto, el autor habita el tiempo: "siento cruzar—ardiendo— el aire y la lluvia/ sobre mi cara,/ mi cara de hoy, mi cara de antes,/ de aquel hoy y de aquel antes/ que ya no existen."

Legiones, de Félix Suárez, se caracteriza por la meticulosidad en los versos, por la resolución contundente de los poemas, por la reverberación que subsiste al terminar la lectura, por las atmósferas forjadas, por la agudeza en el tono, por el impacto en las imágenes, por la sabia actitud que emerge entre las líneas, por la constante revelación en sus sentencias. *Legiones* transmuta y transfigura la expresión estética del canto. Todos somos legionarios en el transitar por este mundo, seámoslo también en este bogar a través de la Palabra. LC